

La pastoral del miedo fraguado en la culpa

Javier Meza*

Resumen

El presente artículo analiza la historia del miedo inculcado por la Iglesia católica, desde sus inicios, como forma de dominio y control sobre la mente y el cuerpo de los sujetos. El análisis intenta llegar hasta nuestros días poniendo de relieve que la mejor forma de dominación es la que es anhelada por el propio dominado. Dominio fruto de una institución de ambición desmedida, totalitaria, siempre convencida de poseer la verdad absoluta y que el mundo le pertenece, acostumbrada a perseguir, si tiene el poder para hacerlo, a sangre y fuego a quienes no creen en ella. También, tratar de demostrar cómo algunas de las formas de la Institución todavía cubren o rigen a los poderes actuales.

Palabras clave: miedo, iglesia, control, represión, horror.

Abstract

This article examines the history of fear instilled by the catholic Church, from its beginnings as a form of domination and control over the minds and bodies of the subjects. The analysis attempts to reach today emphasizing that the best form of domination is what is desired by the dominated. Dominion fruit of an institution of unbridled ambition, totalitarian, always convinced possess the absolute truth and that the world belongs, accustomed to pursue, if you have the power to do so to blod and fire those who do not believe in it. Also, try to demonstrate how some of the ways the institution still cover or governing powers today.

Key words: fear, church, monitoring, enforcement, horror.

* Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

Inter faeces et urinam nascimur
(entre heces y orinas nacemos).

ODÓN DE CLUNY

El fornicador comete el pecado en su cuerpo, no sólo en su propio cuerpo convertido en el Templo de Dios, sino también en ese otro cuerpo que llamamos la Iglesia, cuerpo de Cristo. De este modo aquel que se manche sexualmente se convierte en criminal para la Iglesia entera, pues por un solo miembro (el miembro impuro) la mancha se expande por la integridad del cuerpo.

GRACIANO

CAUSA 26, CUESTIÓN 3, CANON 2

Todos los curas son mentirosos.

FREDERICH NIETZSCHE

Analizar instituciones y sus creencias o cosmovisiones, normas, dogmas, costumbres, comportamientos, e intentar ver cómo éstas se han desplegado o expresado, o incluso todavía se expresan en algunas sociedades para introducir la fidelidad y el control de sus integrantes, es introducirse en un terreno pantanoso, y máxime cuando se trata de una poderosa institución religiosa como la Iglesia católica. A juicio del insigne Michel de Montaigne, al escribir en muchos sentidos todos somos glosadores de glosadores; en lo personal, me veo obligado a recoger materiales de reconocidos estudiosos, y abusar un tanto de las citas porque en temas delicados es normal que se cuestione lo afirmado o se considere que se distorsionan los hechos. Sabemos que la historia tiene rupturas pero también continuidades: por ejemplo, el amor y la vocación por el poder de una institución de un periodo a otro puede tener matices, reacomodos, deslizamientos, oportunismos, pero en el fondo ese amor puede

mantenerse. Además, podemos encontrar que dicha vocación, a lo largo de su existencia, sobre todo ha consistido en sembrar dispositivos para asegurar su permanencia. Y a pesar de los cambios históricos puede encontrarse si no en el centro del poder por lo menos estar al lado de él y ayudar a fundamentarlo. Ciertamente, entre ser el poder o estar con él hay diferencias, pero para la ambición lo más importante, como señalamos es permanecer. Lo mismo ocurre con las instituciones autoritarias y dogmáticas, si no mantuvieran esas actitudes estarían condenadas a extinguirse. En la Historia, es en el ámbito de las mentalidades donde encontramos sobre todo las expresiones o manifestaciones de más larga duración o constantes. Las transformaciones del imaginario con sus símbolos y representaciones, sobre todo cuando éste está convencido de poseer la verdad única, absoluta y definitiva, ocurren muy lentamente. Además, si las vértebras de una institución, por ejemplo, se han forjado con el dogma, el autoritarismo y el culto al poder, ¿cómo va a renunciar a ellas para seguir existiendo? Las formas para sujetar y controlar al sujeto no son muy variadas, pero sí complejas. Su base sobre todo reposa en el terror y no en el amor: de Aristóteles a Hegel sabemos que el orden del mundo occidental se fundamenta básicamente en él. Las instituciones militares, políticas laicas y religiosas lo utilizan siempre, y quizá por ello son enemigas de toda crítica, disidencia y pensamiento libre que manifieste estar en su contra. Quizá las más susceptibles son las religiosas: además de que pretenden poseer al Dios verdadero y ser eternas, son incluyentes/excluyentes: a *sus fieles* los controlan y sujetan mediante promesas y miedos y terrores, y a quienes las rechazan son condenados y en épocas de intolerancia, si tienen el poder para hacerlo, incluso los persiguen y aniquilan. Su profundo amor al poder, al dominio y a la obediencia son sus constantes históricas, independientemente de la época y el contexto.

Al respecto, un caso concreto lo constituye la mentalidad de la Iglesia católica. Desde su aparición y consolidación los presupuestos básicos de su mentalidad, independientemente del tiempo y el espacio, han cambiado muy poco. Defensora de una religión creada por tribus de pastores no deja de considerarse a sí misma como la única religión verdadera elegida por el único Dios verdadero, y llamada a salvar de lo que considera como pecados ni más ni menos que a toda la humanidad. Establecida su hegemonía en occidente, como luego veremos, gracias al

entonces decadente imperio romano, así como éste consideró a Roma como la Ciudad Eterna, ella no cesa de considerarse como la Iglesia Eterna. Institución fiel a una predominante cultura pastoral, todavía hoy expresa concepciones como: “Yo soy el buen pastor que apacienta su rebaño” o “la *grey* (hato de ganado) no debe tener miedo porque aquí están sus pastores” o “al rebaño se le trasquila pero no se le mata”. Desde su consolidación como institución sus objetivos son abiertamente conocidos y se deducen de lo arriba dicho: establecer en todo el mundo un solo pastor, un solo credo, un solo rebaño y el reinado (no gobierno o república porque se asemeja más a una monarquía despótica) de sus dogmas.

El orden ideal según la institución

En Occidente, durante la época feudal, La Iglesia libró una constante batalla por someter bajo su mando al poder terrenal. El dogma de que ella estaba autorizada para “atar y desatar” en la tierra y que en el Cielo se respetarían sus decisiones fue su principal argumento. Donde mejor encontramos fielmente expresada su concepción acerca de cómo debe estar organizado social y políticamente el mundo, es decir su orden ideal, es en lo que se conoce como el orden social trifuncional. Propuesto para organizar la sociedad occidental durante la Edad Media, comprendía como grupo dominante los *oratores* (sacerdotes o pastores), los *bellatores* (guerreros, perros que cuidan el rebaño), y los *laboratores* (trabajadores u ovejas o *grey*). Así lo describieron muy bien, entre otros, Boecio en su *Consolatio* a finales del siglo IX, Eadmer de Cantorbery al comienzo del siglo XI recordando a San Anselmo, y el Obispo Adalberón de Laón alrededor del año 1020, cuyas palabras lamentamos citar *in extenso*:

La sociedad de los fieles no forma más que un cuerpo; pero el Estado comprende tres. Porque la otra ley, la ley humana, distingue otras dos clases. Nobles y siervos, en efecto, no son regidos por un mismo estatuto[...] Éstos son los guerreros, protectores de las iglesias; son los defensores del pueblo, de los grandes igual que de los pequeños, de todos en fin, y aseguran al mismo tiempo su propia seguridad. La otra clase es la de los siervos; esta desgraciada casta no posee nada sino al

precio de su trabajo. ¿Quién podría, ábaco en mano, echar la cuenta de las labores que ejecutan los siervos, de sus largas marchas, de sus duros trabajos? Dinero, vestidos, alimentos, los siervos lo proporcionan todo a todo el mundo; ningún hombre libre podría subsistir sin los siervos. ¿Se ha de realizar un trabajo? ¿Se quiere holgar? Vemos a reyes y prelados hacerse siervos de sus siervos; el amo está nutrido por el siervo, él, que pretende nutrirlo. Y el siervo no ve nunca el fin de sus lágrimas y de sus suspiros. *La casa de Dios, que se cree ser una, está, pues, dividida en tres: los unos ruegan, los otros combaten, los otros, en fin, trabajan.* Esas tres partes que coexisten no sufren por verse separadas; los servicios proporcionados por la una son las condiciones de las obras de las otras dos; cada una según le corresponde, se encarga de aliviar el conjunto. *Así, este conjunto triple no deja de permanecer unido,* y es de esta manera como la ley ha podido triunfar y el mundo gozar de la paz (Le Goff, 1969:349-350).

Como vemos, teóricamente todos formamos parte de un cuerpo, y por consiguiente “la casa de Dios” debe tener una cabeza que son los que rezan, los guerreros son los brazos y los siervos los pies. Pero el siervo debe estar contento, pues los amos, reyes y prelados dependen de él, y nunca debe romper la unidad social. Sin embargo, el siervo —el obispo Maurice de Sully (1170) decía que ellos son “buenas gentes”, y los arengaba a entregar todo a sus amos en el lugar y tiempo debido—, por razones obvias, no siempre respetó y ha respetado el “orden social ideal”. Rebeliones, sublevaciones y protestas, siempre ha habido, y la Edad Media no fue la excepción, al grado de que los clérigos a los sediciosos los calificaron como envidiosos. A su juicio, un pobre siempre está dominado por la *Invidia*, y es ella la que lo lleva “a portarse incorrectamente”. También Juan de Salisbury, en 1160, comparó a la sociedad laica cristiana con un cuerpo humano, y veía en ella el siguiente orden: el príncipe debía ser siempre la cabeza, los ministros el corazón, jueces y administradores, ojos, orejas y lengua, “los guerreros las manos; los funcionarios de las finanzas, el estómago y los intestinos, y los campesinos, los pies”. La ambición de la Iglesia por dominar a los guerreros provocó que el cuerpo de la cristiandad casi siempre se debatiera en un sistema “bicéfalo” compuesto por papas y emperadores. Sus afanes totalitarios (“porque,

por largo tiempo, el sistema totalitario de la cristiandad medieval identificará el bien con la unidad y el mal con la diversidad”), incluso la llevaron en el siglo VIII a inventar una falsa donación hecha por el emperador Constantino en el siglo IV, donde éste supuestamente cedía a la Iglesia el dominio de Roma, él se iba a Constantinopla, y a la vez le concedía a Silvestre utilizar la diadema pontifical y al clero los ornamentos senatoriales (entre ellos el manto púrpura, color de las ropas de los cardenales actuales). La supremacía papal se fue estableciendo poco a poco; Gregorio VII, en su *Dictatus Papae* (1075), estableció que sólo al papa corresponde el título de universal, sólo su nombre debe pronunciarse en toda la Iglesia, y quien no esté con ella no puede ser católico. Durante el siglo XII de “vicario de San Pedro” se convirtió en “Vicario de Cristo” y, “por medio de los procesos de canonización, se encargó de controlar la consagración de los nuevos santos.

Durante los siglos XIII y XIV, gracias a los progresos de la fiscalidad pontificia, la Iglesia, prácticamente hasta la fecha, se convirtió en una verdadera monarquía. Solamente a finales del siglo XIV y comienzos del XV su autoridad se verá seriamente amenazada por la de los concilios, mas estos resultarán finalmente vencidos”. También, así como el emperador romano se había identificado con el sol, igualmente los pontífices lo imitaron buscando humillar al poder temporal. Tanto Gregorio VII como Inocencio III sostuvieron que, de acuerdo con el libro del Génesis, Dios creó dos luminarias: una mayor para presidir el día y otra menor para presidir la noche. En otras palabras: “Para la Iglesia, la luz mayor, el sol, es el papa, la luz menor, la luna, el emperador o el rey” (Le Goff, 1969:360-370). Lo anterior, también explica que el clero miró a la sociedad laica como una mitad sospechosa, y tenebrosa. La lucha por el poder entre el *rex-sacerdos* y el *pontifex-rex* conserva detalles curiosos al grado de que en ella aparece presente incluso la sexualidad. Por ejemplo, el papa Gregorio VII y sus sucesores lograron prohibir al clero el uso de las armas e imponerle el celibato, sin embargo, nunca estuvieron guiados por razones morales sino más bien por eliminar o borrar del clero la mancha “de la sangre y de la esperma, líquidos impuros sometidos a tabúes”, y que el guerrero no tiene prohibidos. Es decir, por todos los medios la Iglesia siempre ha tratado de demostrar que ella es

superior porque en sus manos pretende tener ni más ni menos que la salvación de la humanidad.

Construcción del terror por amor dentro de la institución

En la antigua ciudad de Edesa (hoy Ursa, Turquía), el erudito Bardaisán (154-c. 222) escribió, en su tratado *Libro de las leyes de los países*, que los cristianos “en cualquier lugar en el que se hallen, las leyes locales no pueden obligarles a abandonar la ley del Mesías (Cristo)” (Brown, 1997:15). En efecto, pese a que algunos emperadores romanos decretaron algunas persecuciones contra los cristianos, hoy se acepta que por lo común el imperio, gracias a su politeísmo y a su propensión a la superstición, casi siempre estuvo predispuesto a tolerar a los nuevos dioses. Aunque en general hay una historia escrita por todo tipo de apologistas que acostumbran describirnos a unos “pobres” cristianos perseguidos y reprimidos por todas las partes del antiguo mundo romano, y obligados a morir como mártires o a vivir como ratas escondidas en las alcantarillas. Hacia el año 312 (época del emperador Constantino) el cristianismo no constituía ninguna nueva religión, para entonces su antigüedad tenía más de doscientos cincuenta años. Necesitamos hacer un pequeño esfuerzo para aceptar que: “El mundo de Jesús de Nazaret y de San Pablo estaba tan distante de los contemporáneos de Constantino como la época de Luis XIV pueda estarlo de nosotros” (Brown, 1997:31). Desde su surgimiento, los cristianos nunca sostuvieron una persistente lucha contra el imperio romano; sin embargo, el joven judío llamado por ellos el mesías, hablaba sólo para los judíos sin ninguna pretensión universal, como plantean los evangelistas. El primer edicto contra los cristianos fue hasta el año 250, y lo provocó la relativamente nueva religión gracias a su sectarismo y a su capacidad de exclusión, cohesión y crecimiento; y el último, emitido por el emperador Diocleciano en el año 303, duró unos once años en algunas zonas de Egipto, Siria y Asia Menor. A juicio del emperador, “la vieja religión no debe ser corregida (o censurada) por una nueva. Pues sería el colmo de la ignominia echar por tierra aquello que nuestros antepasados consideraron de una vez por todas, cosas que mantienen y conservan el lugar y el curso que les corresponde” (Jerphagnon, 2007:553;

Brown, 1997:30). En esos momentos, el mundo romano, por las invasiones de los bárbaros en sus fronteras y su inestabilidad económica y política, requería urgentemente, según acostumbraba, combatir y resistir; pero el clero católico, en cambio, nos indica el gran historiador Gibbon, autor de una de las más grandes obras sobre el imperio romano, predicaba

[...] con éxito las doctrinas de paciencia y pusilanimidad; se denigraron las virtudes activas de la sociedad, y los últimos restos del espíritu militar se enterraron en el claustro. Gran parte de la riqueza pública y privada se dedicó a las especiosas exigencias de la caridad y devoción y la paga de los soldados se entregó generosamente a inútiles multitudes de uno y otro sexo que sólo podían argüir a su favor los méritos de la abstinencia y la castidad (2001:450).

Esto es, plantear un supuesto desprecio hacia el mundo material y una vocación universal que excluía a todas las otras religiones, significaba provocar que el mundo romano y sus grupos sociales se tambaleasen. Para sus fieles, el mundo debía serles indiferente y sólo estar preocupados por salvar el alma. La llamada “gran persecución” contra los cristianos, según diferentes especialistas, no fue más allá de cinco mil víctimas, y también coinciden en que el gobierno de Diocleciano, visto a los ojos de sus opositores como el más terrible, realmente fue “uno de los más grandes de Roma”, pues constituyó el último esfuerzo más serio y muy bien planificado por conservar su vieja grandeza (Jerphagnon, 2007:560).

Las persecuciones organizadas por el Estado sobre todo se enfocaron hacia obispos, sacerdotes y diáconos; las Sagradas Escrituras se quemaron y las iglesias fueron cerradas. Las iglesias cristianas del siglo III posiblemente eran humildes y pequeñas y sus creyentes pertenecían a todas las clases sociales. Marcia, concubina del emperador Cómodo (180-192), fue cristiana, el emperador Severo Alejandro (222-235), en su santuario privado adoraba las imágenes de Apolonio, Cristo, Abraham y Orfeo, (Bernabé, 1992:18); el emperador Constantino, nos dice Jerphagnon (2007), era partidario del culto solar (culto sobre todo originado en Siria pero representado en figuras como Apolo, Helios, Mitra, Elagabal) y de los cristianos, y agrega: “Los propios cristianos no se molestaban si se representaba a Cristo bajo los rasgos de Apolo-Helios

conduciendo su carro y su liturgia alababa también a Cristo como ‘luz del mundo’, ‘sol de la justicia’, ‘sol que no conoce el ocaso’, etcétera”. Precisamente el divino Aureliano Augusto (270-275) edificó en el Quirinal el templo del Sol Invicto, y estableció el 25 de diciembre de 274 como el día del nacimiento del Dios (*dies natalis Solis Invicti*), luego, los cristianos triunfantes convirtieron el solsticio de invierno en el nacimiento del Niño Dios. El concilio de Elvira, celebrado en el año 300 cerca de Andalucía por un grupo de obispos, estableció ciertas normas respecto a permitir que los cristianos podían acudir a los sacrificios dedicados al emperador como prueba de lealtad. No fue gratuito que el importante filósofo Porfirio de Tiro (234-310), cuyas obras en su mayoría fueron destruidas por los cristianos, los acusara de que su religión era “una superstición fabricada con diversas piezas por impostores y charlatanes” (Jerphagnon, 2007:533-577).

Como vemos, la nueva religión no fue solamente cosa de esclavos, al contrario, desde muy pronto atrajo a gente apasionada por la riqueza, el poder y la esclavitud, al grado de que con bastantes fundamentos, nos dice Jerphagnon: “Jesús había predicado que su reino no era de este mundo, pero sus discípulos del siglo IV se decían que tampoco era desagradable pertenecer a ambos”. Ciertamente, desde principios del siglo IV, gracias al emperador Constantino, la loba romana fue vencida por los lobos con piel de oveja, esto es, los cristianos cuya religión un poco más adelante fue convertida en religión de Estado. San Jerónimo observó acertadamente que, desde entonces, la Iglesia se hizo fuerte gracias a las persecuciones, pero cuando los emperadores se hicieron cristianos “su pujanza y su riqueza aumentaron, pero sus virtudes disminuyeron” (Jerphagnon, 2007:581-582). La misma opinión sostuvo Juan Crisóstomo (siglo IV), en su *Homilía* 85, al ver que los hombres no cambiaban sus maneras de ser pese a ser cristianos y tronaba claridoso:

La culpa está en que callan los que saben y cometen el pecado imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo. Sus manos están atadas por las riquezas y su boca tapada con el oro. Les habían entregado riquezas para distribuir las a los pobres y se les han quedado pegadas. Por esto son objeto del sarcasmo y de las injurias del pueblo (Fernández, 1995:379).

Como vemos, comprar el silencio de la crítica “untando la mano” y abusar del mando es una constante en la historia de la que ninguna ideología y religión nos pone a salvo.

Hacia el año 312 la población cristiana en el decadente imperio posiblemente constituía un 10 por 100 del total, y estaba concentrada sobre todo en Siria, Asia Menor y las principales ciudades del Mediterráneo. Ciertamente, buen número de ellos renunciaron al poder y a las riquezas pero no renunciaron a la adoración de la santidad, y establecieron o cultivaron formas de vida que luego sirvieron para orgullo y lucro de la ambiciosa jerarquía. Sobre el viejo mundo greco-romano el cristianismo tenía varias ventajas:

En la religión politeísta, los dioses de categoría inferior habían sido tratados como criaturas ambivalentes y caprichosas, capaces de ser unas veces malvados y fáciles de manejar y otras benévolos y poderosos. Los cristianos atacaban a los dioses paganos no negando su existencia; por el contrario, existían, sí, pero todos ellos eran igualmente malos. Todos los dioses, hasta los más excelsos, eran malévolos e indignos de confianza. Los demonios, poderes invisibles y sin rostro, viejos maestros del arte de la ilusión, se limitaban a utilizar los ritos, mitos e imágenes tradicionales del politeísmo a modo de máscaras mediante las cuales alejaban cada vez más al género humano del culto del único Dios verdadero (Brown, 1997:34).

En efecto, para Agustín de Hipona la grandeza que tuvo Roma no debía atribuirse a sus dioses, que eran demonios, sino “al Dios Verdadero”. (Agustín, 2007:I-X). También, mientras que los filósofos del mundo clásico se inclinaban y defendían la religión como algo individual, los cristianos hicieron del pecado su mayor preocupación, y una cuestión colectiva motivo de exculpación en un principio pública, y en cuyas iglesias al frente se encontraban los obispos, quienes representaban la misericordia de su Dios e imponían las penitencias para lavar las culpas. El obispo pregonó que su autoridad provenía de Dios y se ejercía en este mundo y en el más allá, y se veían a sí mismos como ejecutores de Cristo y sucesores de los apóstoles. Su privilegio también lo fundaron en la autoridad de poder conferir carácter sacerdotal, en exigir a su diócesis

la obediencia absoluta y cumplir con las penitencias impuestas. Al centro del arrepentimiento, además de las oraciones, estaba la limosna, actitud tomada de los judíos, pero que en el caso de los cristianos toda la riqueza acumulada pasó a manos de la institución cuyos jefes, si bien es cierto que la utilizaron para ayudar a sus correligionarios, también la usaron para enriquecerse. Cosa que hasta la fecha la institución mantiene. El mundo clásico, tradicionalmente estaba formado por especie de frágiles “células”, y sólo los nobles podían buscar la verdad y la introspección por lo que la filosofía y la moral no debían demasiado a los dioses. El cristianismo, en cambio, pretextando una revelación, en la *religio* unió moralidad, filosofía y rito. Y pretendió que la verdad y el perfeccionamiento moral era obligación de todos independientemente de la clase social. Su influencia también se debió a que estaba rodeada de un hálito mágico: supuestamente poseía poderes milagrosos como don de lenguas, visiones proféticas, exorcizaba demonios, sanaba enfermos y resucitaba a los muertos. En términos generales su discurso consistía en plantear que a todo mundo lo regía un Dios único y los individuos sólo podían salvarse si vencían al pecado y pertenecían a la verdadera religión de la que ellos eran depositarios. Es decir, la salvación consistía en vencer a la idolatría y a los demonios afiliándose a la Iglesia única y verdadera.

Como ya señalamos antes, con el emperador Constantino, la Iglesia católica adquirió poder, y con el emperador Teodosio, en el año 380, se convirtió en religión de Estado. Y en cuanto se encontró favorecida y en el poder, ciertamente, si bien surgieron efectos positivos como la prohibición de marcar a los esclavos, también otros fueron demasiado severos como las leyes contra el adulterio y el concubinato, al grado que un autor planteó que eran leyes “urdidas por unos exaltados” y que dejaban muy atrás el Sermón de la Montaña. Los abusos dieron paso a rebeliones y, como para consolidarse requerían formar una ortodoxia, las luchas entre las facciones religiosas fueron sangrientas y crueles. El antiguo e impávido espectador que antes sólo veía como un emperador sucedía a otro, ahora se vio obligado a tomar partido por tal o cual facción. Las luchas entre ángeles y demonios muy pronto estallaron. Las diferentes herejías (elecciones), aparecieron acompañadas con el furor de la clásica intolerancia que las acompaña. Quizá la más importante fue la del obispo Arrio, griego cristiano nacido en Alejandría en 256, y que en el año 318

se opuso al obispo Atanasio, disputando acerca del dogma de la Santísima Trinidad. Desde su punto de vista, tanto el Hijo como el Verbo no podían tener la misma naturaleza que el Padre, pues habían sido engendrados. La disputa fue resuelta a favor de Atanasio y sus partidarios, y en el Concilio de Nicea (325), el arrianismo fue condenado declarando que las relaciones entre Padre e Hijo eran consustanciales (*homoousioi*). No obstante, a la nueva ortodoxia le costó tiempo y sangre poder derrotar plenamente al credo opositor. El emperador Constancio, en 351, se convirtió al arrianismo y la estableció como religión oficial hasta que, una vez más, en los concilios de Aquilea y Constantinopla en 381, la condenaron nuevamente mientras la plebe se acuchillaba entre sí, por ejemplo, en Constantinopla, gritando “¡Un Dios, un Cristo, un Obispo!”. Otra importante postura, también condenada y perseguida, fue el llamado monofisismo (*monos*: uno y *Physis*: naturaleza). La inventó en Constantinopla Eutiques, un monje griego. Sostenía que la humanidad de Cristo fue sólo aparente y, por lo mismo, no pudo ser crucificado, y su lugar lo había ocupado Simón Cirineo. A pesar de que también fue condenada en el concilio de Calcedonia (451), se extendió por Egipto, Siria y Armenia y, a finales del siglo V, las iglesias de estos lugares fueron monofisitas. Este credo surgió contraponiéndose a Nestorio, obispo de Constantinopla en 428, quien predicaba que Cristo tenía dos naturalezas: una divina y otra humana y no consustanciales. Tal concepción diofisista, implicaba que la Virgen no era Madre de Dios (*Theotokos*) sino simplemente Madre de Cristo (*Christotokos*). Los nestorianos también fueron perseguidos y condenados en el Concilio de Éfeso (431) y Nestorio, su creador, quien tuvo que refugiarse en Libia, pero su propuesta ganó adeptos en las iglesias de Siria, Persia y Mesopotamia. Además, hacia mediados del siglo VIII, conquistó Asia central, China del Norte y la punta meridional de la India. A finales del siglo XII y principios del XIII, surgió el imperio más grande que ha existido, el mogol, y estuvo muy cerca de adoptar la religión nestoriana, lo que hubiera significado que esta rama pasaría a ser la más importante del cristianismo (Lacarrière, 1964:274). Los docetistas (*docein*: semejar, parecer) también coincidieron con los monofisitas proponiendo que la divinidad de Cristo no pudo encarnar, pues la materia es indigna. Una de sus sectas, los circumceliones, manifestaron un profundo desprecio por la vida y armados de garrotes

obligaban a los viajeros a golpearlos mientras gritaban “¡Alabado sea Dios!”. Otros, optaron por el suicidio, elegían un día y se arrojaban al abismo.

Aurelio Agustín, obispo de Hipona (354-430), uno de los teóricos más importantes de la Iglesia, consideró que su dios no a todos los seres les daba la gracia y la oportunidad de hacerse a sí mismos, sino sólo a los que se entregaban totalmente a Él. Estos “elegidos”, “predestinados”, “héroes de la fe”, eran los mártires y los obispos. Con esta idea Agustín reforzó y sacralizó la jerarquía eclesiástica y prácticamente estableció que existían cristianos de primera y segunda clase. Sin duda, los más perfectos eran los religiosos por su amor a Cristo aunque lo único realmente glorioso era la Iglesia católica. Como toda la humanidad estaba condenada por un pecado común, ser hijos del *terrible pecado de la carne*, sólo los destinados a estar bautizados (lavar el pecado), podrían entrar en la Ciudad de Dios y gracias al poder de bautizar la Iglesia tenía que ser universal porque: “Era el único lugar de la tierra en el que la humanidad *gravemente enferma* podía abrigar esperanzas de descansar y recobrar la salud perdida”. Además, la Iglesia no sólo era la verdadera Iglesia sino también la Iglesia de la mayoría y, Agustín convencido, afirmaba que los profetas de Israel habían dicho que “el mundo entero pertenecía únicamente a Cristo y a su Iglesia”, porque Él había dicho: “Pídemelo y te daré las regiones más apartadas de la tierra como heredad”, por ello, el santo justificaba desterrar y confiscar los bienes de las iglesias rivales. No obstante, Agustín encontraba que no existía ningún pretexto para no formar parte de ella pues ciegamente creía que Cristo sólo regresaría cuando su Evangelio triunfara en todo el mundo, además, esto debería ser así porque el Señor no sólo entregó a los romanos a la Iglesia, sino a todos los seres humanos, (Brown, 1997:52-56). Agustín emprendió una campaña contra los donatistas del Norte de África a principios del siglo V y, a pesar de que reconoció que “el hombre no puede creer en contra de su voluntad” (*credere non potest homo nisi volens*), acomodó a sus intereses la frase *compelle intrare* de la parábola de la cena (Lucas 14:23), y sostuvo que se podía imponer por la fuerza la sumisión de los herejes y los no creyentes. La intolerancia de la Iglesia todavía la reforzó más con otra idea sumamente arrogante: “¿Qué peor muerte hay para el alma que la libertad de errar?” (*Quae peior mors animae quam libertas erroris?*). A su juicio, el

hombre fue creado recto, pero él mismo se encargó de pervertirse, “y por el mal uso del libre albedrío existe un género humano, de origen depravado y como de raíz corrompida, hasta la destrucción de la muerte segunda, que no tiene fin con la excepción de los que por la gracia de Dios se han liberado” (Agustín, 2007:350-352). Pero todavía debemos agregar que:

Según su interpretación de la Parábola del Sembrador la cizaña debía ser arrancada si se estaba seguro de que no se arrancarían al mismo tiempo al trigo. Su postura final defendiendo la verdad única era inflexible e intransigente: “Hay una persecución injusta, la que los impíos llevan a cabo contra la Iglesia de Cristo; y una persecución justa que realiza la Iglesia de Cristo contra los impíos [...] La Iglesia persigue por amor, los impíos por crueldad”. El obispo de Hipona tuvo una poderosa influencia en los protagonistas posteriores de la intolerancia religiosa (Kamen, 1967:13-14).

La Iglesia siempre ha justificado, en ocasiones simplemente con el silencio cómplice, los horrores más grandes hablando en nombre del amor y de la salvación del mundo: su hipocresía traza una línea recta y empata con la religión actual de la avaricia convertida en virtud desde hace unos quinientos años en que apareció el mundo capitalista. Su argumento fundamental casi siempre es: “Dios así lo quiere o lo manda”. No es gratuito que los seis primeros siglos de la Iglesia constituyen una terrible lucha para imponer, ya persuadiendo o bien por la fuerza, a todos los disidentes la misma visión de Cristo. Ya Agustín decía que ella estaba, –“la Iglesia de Cristo”– destinada a difundirse por “toda la *redondez* de la tierra”, o “estará entonces por todas partes, es decir, en todos los pueblos” (Agustín, 2007:447). En suma, para bien o para mal:

La simple narración de las divisiones intestinas que alteraron la paz de la Iglesia y deshonraron su triunfo confirmará la observación de un historiador pagano y justificará el lamento de un obispo venerable. La experiencia había convencido a *Amiano* de que la enemistad de los cristianos entre sí superaba la furia de las fieras más salvajes contra el hombre; y *Gregorio de Nicianzo* se lamenta patéticamente de que

la discordia haya convertido el reino de los Cielos en la viva imagen del caos, de una tempestad nocturna e incluso del infierno (Gibbon, 2001:316).

*El Diablo y la muerte de la carne y el espíritu:
amenazas preferidas por la Institución*

Hacia el siglo III, sobre todo en los desiertos de Egipto, Siria y Palestina, y luego en lugares como Capadocia, Grecia y finalmente Occidente, empezaron a aparecer individuos convencidos de que la salvación eterna sólo podía obtenerse en la soledad o en grupos monásticos regidos por férreas reglas. Así, tanto anacoretas (*anacoresis*: partida,) o ascetas (*askesis*: ejercitarse en dominar la carne) como monjes (*monacos*: sólo) consideraron imprescindible renunciar al mundo y vivir en la mortificación y el martirio constantes. Convirtieron en virtudes básicas la humillación (humildad) y la obediencia, para encontrar una especie de muerte en el mundo mediante la *hesiquía* o silencio de corazón (final de la ascesis) o estar como piedra. Los integrantes de estos movimientos mayoritariamente eran de origen campesino, no obstante, también hubo gentes de clases altas o nobles.

Sus objetivos eran vencer el hambre, el sueño, la incomodidad, el dolor, y orar, sin dejar de pensar en su dios, y enfrentando todas las tentaciones que el diablo gustaba provocarles. Los lugares elegidos para vivir eran las grutas, las viejas tumbas y los monasterios ubicados en parajes desérticos. Algunos, sin embargo, también inventaron formas más refinadas para sufrir: recurrieron al “estacionarismo” (*stasis*, generalizado en Egipto) y consistía en estarse quieto con los brazos en cruz el mayor número de horas o días (Juan de Sardes permanecía inmóvil durante el día y por la noche “dormía” colgado de las axilas con una cuerda); Sofronio, Pedro, Marozo, entre muchos otros, eran “ramoneadores”, cuyo gusto era pacer como bestias comiendo yerbas o arbustos; el “dendritismo” consistía en vivir todo el tiempo arriba de un árbol; el “estagiritismo” consistía en vivir arriba de la plataforma de una columna, como Simeón en Siria (muerto en 459). Durante el día, de pie, oraba sostenido en ocasiones sólo por una pierna, y por la

noche dormía sentado en la orilla. Antonio, su ayudante, platica que las piernas primero se le llagaron y luego se le pudrieron, al grado de que le salían gusanos que iban a parar al suelo. Entonces Simeón se los pedía a Antonio y los volvía a poner sobre su llaga exclamando: “Comed, pues, lo que Dios os ha dado” (Lacarrière, 1964:195).

Ya desde el siglo II se pensó que la carne y la creación del mundo eran el mal por excelencia y, por ello, había que matar todo lo que nos vincula a él porque, además, consideraban que su extinción era eminente. No estar preparados para el final les causaba angustia, y como Jesús dijo: “¡Ay de las que estarán en cinta y de las que criarán en aquellos días!”, tenían que buscar la virginidad al grado de establecer matrimonios virginales o *apotácticos* (renuncia a las relaciones sexuales). Para estos momentos la mujer es vista como un ser inferior, se le responsabiliza del pecado original, es una tentación diabólica y encarna el mal; ya San Pablo había escrito “El hombre es la cabeza de la mujer” (*Vir est caput mulieris. Ef5, 23*). Más adelante para referirse a los dos sexos se dirá: “el lado de la espada” y “el lado de la rueca”. Además, respondiendo a un orden acendrado, así como el esclavo y el siervo deben obediencia a su señor, la mujer se la debe al marido. Más, el disfraz preferido del Diablo es pasar por una mujer muy bella. Para algunos el fin del mundo podía acelerarse mediante la virginidad y la continencia, y gracias a ellas podría llegarse a la extinción de la especie. Por eso un tal Dositeo predicó en el siglo III que el mundo inició gracias al matrimonio y terminaría gracias a la continencia. Otros, más aterrorizados, afirmarían que el hombre de la cintura para arriba es obra de dios, y de la cintura para abajo es obra del diablo. Además de la sexualidad decían que también la risa era un invento diabólico: frívola, puerta abierta al demonio, seductora, culpa, pecado de orgullo, daba confianza a uno, y no servía para enfrentar al diablo porque para esto era necesario tener el rostro grave y cerrado.

En todas estas perversiones se cumplía y se cumple la negación del yo y se reafirma la pasión por el dolor como forma de vida ideal: “persíganme o yo me perseguiré, tortúrenme o yo me torturaré”. La abyección, la miseria, la ignorancia, son santas y desear el desprecio de todos es un buen deseo. Lo que un tal Doroteo deseaba para su cuerpo, hasta el día de hoy, todavía se cumple: “Quiero matarle puesto que él me mata”. Y, ciertamente, nos aplasta una profunda convicción de que si Dios no

existiera había que inventarlo, pero lo mismo ocurre con el diablo. El nacimiento o la invención del Diablo fue producto sobre todo de la prédica cristiana y el término no aparece casi en la *Biblia* pues la palabra (*diabolos*) es de origen griego: Diablo o eterno mal compañero, “viejo enemigo del género humano”. Satán, como ser individual que encarna el mal, se menciona en el Nuevo Testamento tentando a Jesús en el desierto, y cuando aparece en la Biblia se le ve como alguien que “opone obstáculos” (como en la vida de Job), no obstante:

[...] la idea de un Ser personal, enemigo de Dios, que trata de poner obstáculos a la salvación del hombre y al devenir de la Creación, es antes bien una idea griega (y también egipcia) que una concepción hebraica. Fueron sobre todo determinados escritos del Nuevo Testamento, y muy especialmente del Apocalipsis, los primeros en agrupar en un solo Ser a los personajes y hasta entonces diferentes de Satán, Lucifer, la Serpiente y el Dragón. *El Diablo “nace” en el curso de los primeros siglos del cristianismo*, es casi contemporáneo de los primeros anacoretas del desierto, circunstancia que concurre a hacer tan preciosos sus testimonios respecto a él —y explica asimismo que su visión, la de los anacoretas, haya finalmente prevalecido hasta nuestros días. El Diablo, de hecho, nació en los desiertos de Egipto (Lacarrière, 1964:214).

A la par que la invención del diablo, cuya figura en Occidente se afirmó sobre todo en el siglo XI, hay otra realidad que inquieta sobremanera. Cuando se habla acerca del cielo, la imaginación resulta demasiado chata: sólo se nos habla de simplezas y lugares comunes. En cambio, respecto al infierno, pareciera que existe una especie de particular deleite en pormenorizar e idear sufrimientos y torturas. Sembrar el terror, el miedo, pareciera constituye un placer, un gusto desmedido. Los impulsos de muerte predominan en una religión del culto al horror y, antes que el amor, en los actos de los *ebrios de Dios* vemos con escalofrío aparecer el más compulsivo y refinado sadomasoquismo o, en todo caso, un profundo amor por el dolor. La idea del juicio sobre los muertos proviene del antiguo Egipto: sus invenciones acerca del terror y la esperanza tuvieron fortuna y nos fueron transmitidas junto con sus imágenes acerca del infierno:

Pozos de fuego, abismos de tinieblas, cuchillos mortíferos, corrientes de agua hirviente, exhalaciones fétidas, serpientes ardientes, monstruos espantosos y criaturas con cabeza de animales, seres crueles y asesinos de diferentes cataduras (Le Goff, 1981:33).

Las visiones acerca del porvenir y el fin del mundo contenidas en los llamados *Apocalipsis* influyeron con sus descripciones de los infiernos, como, por ejemplo, el *de Pablo* describe minuciosamente una serie de castigos basados fundamentalmente en el hambre, la sed, el frío, el calor, los gusanos, el hedor y el humo; según el autor vio en el infierno una rueda de fuego donde arden alternándose más de mil almas, vio a los usureros, ellos y ellas, devorar sus propias lenguas, y a un grupo de mujeres con el cuerpo totalmente tizado que, como han pecado contra la castidad y matado a sus hijos, son entregadas a las serpientes y los dragones. A Pablo, según narra, contemplando tanto sufrimiento, se le ocurrió interceder por algunos condenados, y Cristo, convencido, autoriza a un ángel, encargado de administrar los suplicios, que les conceda a los torturados un reposo que va a comprender desde el sábado por la noche hasta la mañana del lunes (santificación del domingo). Entonces, Pablo, se atreve a preguntarle al ángel por el número de las penas infernales, y el interpelado solemnemente responde que “ciento cuarenta y cuatro mil, y añade que si desde la creación del mundo cien hombres dotado cada uno de cuatro lenguas de hierro hubiesen hablado sin parar, no hubieran concluido aún la enumeración de las penas del infierno” (Le Goff, 1981:142).

Asimismo, en su credo, el desprecio por el cuerpo, sobre todo de la mitad hacia abajo, es acentuado: en la vida diaria al sexo no cesan de ultrajarlo, despreciarlo, revestirlo de todo lo malo y verlo sucio: dice Pablo de Tarso: “No os llaméis a engaño; los inmorales, idólatras, adúlteros, invertidos, sodomitas, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores o estafadores no heredarán el reino de Dios” (1 *Cor*, 6, 9-11). Si lo anterior es verdad, prácticamente todo mundo ha quedado fuera y el Cielo es un lugar propiamente sin inquilinos. Cesáreo, obispo de Arles de 502 a 542, predicó que realizar sexo en domingo o cuando la mujer está menstruando era ser un patán abominable y, “según el truculento folclore galo, aquellos indecentes revolcones sólo podían tener un resultado: hijos deformes, leprosos o epilépticos” (Legendre, 1975:95).

En los castigos imaginados, lo anterior igualmente es un tema recurrente; por ejemplo, un tal Esteban, por “error”, muere en Constantinopla y es llevado ante Satanás, éste, al mirarlo, le dice que no es a él a quien quería y, por lo mismo, resucita y le platica a San Gregorio que mientras esperaba visitó brevemente los infiernos. En ellos miró un puente y por abajo corría un río negro, pútrido y de olores asquerosos. Al otro lado había prados, flores, seres vestidos de blanco paseando y rodeados de una bella fragancia, pero para llegar allí, era necesario cruzar el puente que sólo lo lograban los justos, porque los pecadores irremediamente caían al río. Esteban intentó cruzarlo y estuvo a punto de caer, entonces, de abajo surgieron unos horribles *hombres negros* que lo jalaban de las piernas, y desde arriba, unas bellas *personas blancas* lo tiraban de los brazos. Entonces resucitó y comprendió que, como acostumbraba obedecer sus deseos sexuales pero también daba grandes limosnas, lo ocurrido en el puente indicaba que su sensualidad tiraba hacia abajo, y su generosidad hacía arriba. En otras imágenes los ángeles les azotaban el sexo a los sacerdotes y a las mujeres seducidas por ellos; a un príncipe (Carlomagno) que cometió incesto con su hermana, un animal le desgarraba sus partes sexuales mientras que el resto del cuerpo no sufría ningún daño.

Dentro de las grandes herejías que la Iglesia persiguió encontramos el maniqueísmo: el meollo de la creencia consiste en afirmar que existen dos dioses, uno del bien que domina el cielo, y otro del mal que domina a la tierra. El problema que encontró la Iglesia es que tal creencia ponía en igualdad de condiciones a Dios y al Demonio. Agustín, el famoso obispo de Hipona, de quien ya hablamos, fue maniqueísta aunque luego abjuró de ello, y el teólogo de la Edad Media, San Anselmo, tuvo mucho cuidado de advertir la facilidad que existía para incurrir en tal herejía. En el fondo, uno de los grandes problemas de “la religión del amor” es un exceso de simplonería respecto al bien y al mal. En ciertos aspectos, Agustín no pudo evitar continuar siendo maniqueísta, y es que era inevitable, la intolerancia encuentra su fuerza en la supuesta inexistencia de medias tintas. Todo es o blanco o negro, y lo blanco es siempre bueno y bello, y lo negro es horrible y feo (¿un origen del racismo?). Además como, el individuo siempre está vigilado por Dios y sus ángeles o bien por los demonios, ello lleva a una situación respecto a la que Le Goff señala atinadamente:

[...] todo el pensamiento, todo el comportamiento de los hombres de la Edad Media se hallan dominados por un maniqueísmo más o menos consciente, más o menos sumario. Para ellos, de un lado está Dios; del otro, el Demonio. Esta gran división domina toda la vida moral, la vida social, la vida política. La humanidad se ve dividida entre esos dos poderes que no conocen ni el compromiso ni las aproximaciones. Un acto es bueno: procede, por tanto, de Dios; el otro es malo: viene, pues, del Demonio. En el día del Juicio Final, los buenos irán al Paraíso, los malos serán arrojados al Infierno (Le Goff, 1969:224-228).

¿Resulta inútil señalar que tal creencia hasta nuestros días todavía influye en el imaginario individual y colectivo? No están todavía lejanos los días en que una izquierda dogmática aprobaba los crímenes cometidos supuestamente a favor del proletariado porque eran buenos (los de Stalin por ejemplo), o bien el silencio de una Iglesia ante las atrocidades del fascismo y del nazismo con la esperanza de que destruyeran el “comunismo ateo” de la antigua URSS. Actualmente, para los que tienen el privilegio de hablar con Dios, hay países que constituyen “el eje del mal”.

La institución de la vigilancia extrema

Durante el siglo V el puerto de Marsella se convirtió nuevamente en un importante centro comercial, y a él llegó Juan Casiano (360-435) en el año 415 con muchísimas novedades. Casiano era un monje de lengua latina originario de Dobrudja, y había vivido varios decenios ni más ni menos que en Egipto. En 420 escribió una obra, *Instituciones Cenobíticas*, y ésta, junto con sus conferencias de 426, donde explicaba las entrevistas realizadas con los anacoretas del desierto, representaron una guía muy eficaz sobre todo para el clero galo que en esos momentos era uno de los más organizados de la cristiandad occidental. Al respecto, ciertamente, igual de importante resultó el monasterio de la isla de Lérins, fundado en 400 por San Honorato y que constituía “una avanzadilla del desierto de Egipto situada frente a las soleadas colinas de los Alpes marítimos”. En él, muchos jóvenes de familias nobles acogieron las duras disciplinas del ascetismo, y salieron para convertirse en obispos en las densas redes

eclesiásticas de Provenza. Allí aprendieron que, ahora, la religión dominante en el nuevo mundo Occidental, exigía transformar a la carne; con los cabellos rapados, y una mirada humilde, ayunaban constantemente, y sus cuerpos se entregaban al sufrimiento considerándolo como sagrado. Germán, por ejemplo, obispo de Auxerre de 407 a 437, lucía “un cilicio, un montón de cenizas por todo lecho, y, para rematar, una bolsa de cuero con reliquias de santos cruzándole el pecho” (Brown, 1997:65-66) (los españoles actuales no ignoran que el “caudillo por la gracia de Dios” Francisco Franco acostumbraba viajar acompañado siempre de la mano cercenada de Santa Teresa de Ávila guardada en un recipiente, y que por las noches la depositaba en un sagrario que se encuentra todavía al lado de su cama en la que fue su habitación en el Palacio del Pardo de Madrid).

Pero fue hasta el siglo siguiente cuando vamos a encontrar a un gran alquimista de almas, cuyos aportes contribuyeron enormemente en la formación del aprendizaje del gobierno y control de las almas y los cuerpos, y que tanto ha gustado siempre a la civilización occidental, pero sobre todo desde el establecimiento de la Iglesia católica. Gregorio Magno, nieto del Papa Félix III (526-530), buscó implantar “nuevos hábitos del corazón y conocer, mediante la palabra de Dios el corazón de Dios”. Hacia el año 573 fue prefecto de Roma y convirtió su palacio en un pequeño monasterio de riguroso ascetismo y estudio. Luego fue diácono y tuvo que trasladarse a Constantinopla en 579, donde fundó un grupo de estudio cuya finalidad era encontrar una moral fundamental para el progreso espiritual. En el centro de su pensamiento decidió colocar la moral y no la teología, por lo que podemos decir que él fue uno de los principales constructores de la moral moderna que implantó la Iglesia a la civilización occidental. Siguiendo a Agustín, propuso que *todos somos culpables por naturaleza*, pues fornicar es el pecado más grande y es por eso que el embrión está manchado y cuando nacemos (“como todos nacemos entre heces y orines”, dirá Odón), el cuerpo es sucio. Por consiguiente pero sobre todo el de la mujer, agregaría posteriormente Odón de Cluny reafirmando la idea:

La belleza sólo está en la piel. Si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, como se dice que puede ver el lince de Beocia, se estremecerían

de horror a la vista de las mujeres. Toda esa gracia consiste en mucosidades y sangre, en humores y bilis. Si pensáramos en lo que se oculta en la nariz, en la garganta y en el vientre, no hallaríamos más que inmundicias. Y si nos repugna tocar el moco o el estiércol con la punta del dedo, ¿cómo podríamos desear estrechar entre los brazos el saco mismo que contiene ese excremento?

Es como si el cuerpo fuera nuestro primer féretro (después de muchos siglos la mentalidad no cambia y sobrevive más de lo mismo: el fallecido sumo pontífice Karol Wojtyła decía que el hombre casado, si se entrega a la lujuria aun con su esposa, comete adulterio) (Anónimo, 2007:37).

Cabe preguntarnos: ¿es la moral de la culpa y una probable fijación anal la que nos impide oponernos a un mundo de horror?, ¿cómo oponernos a la miseria, a la injusticia, a la fealdad del mundo, si internamente pensamos que somos culpables y merecemos eso y más?, ¿poseemos una fijación anal que nos empuja a disfrutar infantilmente o a mirar indiferentemente las abundantes injusticias y arbitrariedades de nuestra época?

En el año 590 Gregorio Magno ascendió al papado y, obedeciendo a su autoritaria vocación de gobernar almas (y cuerpos), decidió dedicarse a escribir hasta su muerte (604) en torno a un tema que lo obsesionaba: *el ejercicio del poder*. Decía con sabiduría política profunda: “el arte que corona todas las artes es el gobierno de las almas” (*Ars artium regimen animarum*), y en un opúsculo escrito en 593, *Regula pastoralis*, insiste en que se trata, sobre todo, de gobernar almas (psique), y no cuerpos, porque estaba convencido, de acuerdo con su fe, que “el poder estaba hecho para durar”. Como veía que el cristianismo influía en toda la vida insistía en que por poder debía entenderse la capacidad de atender “tanto a los aspectos más elevados como a los más humildes de la existencia humana”. En otras palabras, no debería quedar ningún poro de la existencia de los otros sin revisar. Un ejemplo lo encontraba en Paulo de Tarso, que había sido capaz de escribir acerca de la contemplación mística pero también sobre la legitimidad del matrimonio y la aceptación de las relaciones maritales. Y como todo era importante, se debía condescender poniéndose a la altura de cada integrante de la Iglesia, tal y como hizo Cristo con su creación, es decir, se puso a la altura del hombre. Lo anterior debía hacerse

porque, además, “eran las preocupaciones del Estado”. Pero como siempre ocurre con quien cree poseer la verdad, Gregorio Magno pensaba que sabía lo que cada sujeto quiere, y de ahí concluía que dicha querencia ni más ni menos debía ser igual para todos. Así, imponía que “se ponía al alcance de los demás una sabiduría contemplativa, alimentada por una comunión con Dios basada en la meditación prolongada de las Escrituras, *cuya finalidad era inspirar un tipo de régimen minuciosamente calculado para satisfacer las necesidades de cada sujeto*”. Y como para Gregorio Magno la necesidad de todo sujeto se reducía a ser un santo, todo mundo desde esta vida debía prepararse para obtener el Reino de los Cielos. Por lo visto las obsesiones de los que gobiernan guiados por el pensamiento occidental sólo cambian ligeramente: antes, a su juicio, todos debíamos ser santos, para otros, todos proletarios, ahora, todos comerciantes o, más bien, “santos-comerciantes”. Igualmente para Magno, vía la condescendencia, se podía atender a uno mismo y a todos los demás, pero lo más importante, nos indica Brown, era la consagración del poder:

*El poder quedaba redimido al convertirse en poder sobre las almas. Era un cargo ejercido a fin de promover el bien común, la salvación de todos los creyentes. Un cargo cuyo ejercicio requería una delicadeza excepcional. Como todos los hombres eran iguales, por cuanto todos eran pecadores, hijos de Adán, el gobierno de unos pocos sobre la mayoría debía basarse en el derecho que confería una auténtica sabiduría personal. De ahí la constante paradoja de la *Regula pastoralis*. El libro de Gregorio dejaba, al parecer, a toda la población cristiana de Europa en manos de una tranquila elite de “médicos del alma”. Se suponía que los encargados de gobernar las almas debían ser personas dotadas del poder casi mágico que tenían los antiguos de “percibir”, con su fino olfato, las enfermedades e infecciones morales ocultas en el individuo. Se trataba de un ideal sumamente agudo que, a todas luces, sometía a la totalidad de los cristianos al penetrante examen de los expertos en materia espiritual (1997:121-127).*

Ciertamente, Gregorio advertía que no todos eran aptos para mandar, así que la institución eclesiástica debía cuidar que sus miembros o elegidos

fueran realmente idóneos. En los profesionales, casi “tecnócratas” del mando, encontramos, sin duda, a los confesores y futuros inquisidores antiguos y modernos. Pero en estos momentos fue en los monasterios donde empezaría a ejercerse el control más absoluto, más perspicaz, más inquisitivo sobre las almas, para de ahí luego extenderse a otros ámbitos. No podemos ignorar que antes había existido la *Regula* de Benito, muerto en 547, y que ella permitía obtener el control sobre los hombres estableciendo la *obedientia sine mora* (obediencia sin la menor vacilación). Columbano, otro monje más rigorista que Benito, explicaba mejor de lo que se trataba: establecer una disciplina rígida “hasta para el hombre más rígido, *al tener que depender siempre de lo que diga otro*”. Pero los monasterios benedictinos habían existido casi aislados, en cambio, ahora, la innovación de Gregorio radicaba en que, en su concepción, el poder del abad (*abbas*, especie de representante de Dios Padre), se extendía al clérigo, al obispo, al seglar virtuoso, al magnate y, por supuesto, al rey. Esto es, a todo representante del poder, cuyo único fin, según él, debía ser la salvación de las almas. Lo que Gregorio logró era ni más ni menos establecer *un lenguaje de poder coherente, un arte de gobernar las almas sabiendo escudriñar en sus corazones y, posteriormente, reforzado mediante una medicamenta paenitentiae recomendada por los médicos de las almas que imponían al sujeto llevar un control minucioso de sus pecados, tal y como un contable debe llevar los libros en que se registran los tributos* (posiblemente un autor contemporáneo como Jacques Donzelot se preguntaría si no encontramos aquí el embrión de la dictadura moderna de las tres p: psiquiatras, psicólogos y pedagogos).

Para el mejor control de los sujetos y su conciencia la institución inventó, por ejemplo, la confesión, pero en su lucha contra el poder de los laicos y para disminuirlo, sobre todo llaman la atención la creación de dos medios: el matrimonio y el purgatorio. La Iglesia católica obtuvo su concepción del matrimonio tanto del Viejo como del Nuevo Testamento: en ellos se prescribe que Dios quiere la unión de los dos sexos. Sin embargo, ellos no son iguales porque el hombre fue primero y es un reflejo de Dios, la mujer, en cambio, es una imagen secundaria del hombre y es “carne de la carne de Adán”. A pesar de que deberán unirse formando una sola carne la unión no suprime la desigualdad; la mujer es frágil (nació después) y perdió al hombre, pues es culpable de

la expulsión del paraíso. También, por su debilidad, la copulación es imperfecta y amarse debe ser causa de vergüenza y, por si fuera poco, por desobediencia debe sufrir dos castigos más: la dominación del hombre y los dolores del parto. La Iglesia también dice, dirigiéndose sobre todo a los hombres: “la mujer es mala, tan lúbrica como la víbora, tan resbaladiza como la anguila, además de curiosa, indiscreta y desabrida”. Durante el siglo IX, para ser precisos en 829, Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, como representante de Cristo y por consejo de los obispos, ordenó que los poderosos, que dan el ejemplo al pueblo, supieran que para Dios el matrimonio es sagrado, que no debe realizarse por lujuria, la mujer debe ser virgen, los casados no deben tener concubinas, el acto sexual sólo es válido (sin que deje de ser pecado) para procrear, y debe evitarse el incesto. Para los siglos XII y XIII la escenificación del matrimonio, establecida por orden de la Iglesia, ayuda a consolidar un orden siempre profundamente anhelado por la institución y que, como sabemos llega hasta nuestros días:

El matrimonio aparece en posición ventajosa, en el corazón mismo de una formación ideológica, de una *imagen de la sociedad perfecta*. Con la teoría de los tres órdenes funcionales constituye la piedra clave del edificio social. *El universo está jerarquizado. El orden se propaga en él de un grado a otro, esperando todo superior obediencia reverente de su subordinado, debiéndole él dar a cambio consuelo*. Esta relación de desigualdad necesaria se expresa por el simbolismo de la *desponsatio*, cuyo paralelismo es manifiesto con el simbolismo del homenaje: el mismo intercambio de fe en la paridad, igual arrodillarse ante aquél al que se ha de servir y, en el gesto del marido poniendo el anillo, como en el del señor entregando la vara de investidura, el mismo signo de condescendencia generosa. Ambos ritos constituyen, tanto el uno como el otro, una muralla contra el desorden, las bases de la paz común. Uno y otro fueron instituidos en el paraíso, en la perfección: *ratio* dominando a *sensus*. *Conviene recordar constantemente este origen, puesto que en el mundo, a partir del pecado, se ve a la sensualidad siempre dispuesta a dominar. La rebelión es permanente: la de los súbditos y la de las mujeres* (Duby, 1984:23-29-179-181).

Igualmente buscando romper con el orden binario, casi maniqueo, entre 1150 y 1250, la Iglesia reorganizará su concepción del espacio en torno al premio y al castigo, así, al Cielo y al Infierno se agregará un lugar intermedio: el Purgatorio, espacio donde los buenos no tan buenos y los malos no tan malos, purgarán sus faltas y encontrarán el perdón para acceder al cielo. En los escritos de Agustín y Gregorio Magno aparecen ya reflexiones acerca de la existencia de pecados “ligeros”, “cotidianos” o no tan graves (veniales o perdonables), y que además del fuego del Infierno podía existir un fuego purgatorio. Es posible que la rigurosidad y la angustia provocada por salvarse o no salvarse necesitaba ser matizada, además, el imaginario de la Iglesia, en esos momentos siempre atento al establecimiento de una rígida ortodoxia, debía crear una esperanza para sus creyentes, pero también, digámoslo de una vez, *un control sobre el más allá que, a su vez, le permitiera un control terrenal más riguroso*. Es posible que la esperanza y el control surjan juntos o que, bien, aquélla haya sido primera, pero lo cierto es que, además de mitigar la culpa y la angustia del que sufre también, paradójicamente, la aumenta. Las historias de los aparecidos que regresan a informar a los vivos sobre las penas del Purgatorio o, bien sobre si por fin han logrado salir de ese sitio, son sensacionales pero no por ello, para las mentalidades del momento, menos truculentas. Para la perspicacia analítica de un historiador como Le Goff no pasa desapercibido que la invención del purgatorio permitió a la Iglesia aumentar su poder. El poder sobre los muertos que pueden ser redimidos gracias a las indulgencias, a las misas, a las limosnas, a las penitencias de los vivos, que ofrece la Iglesia, refuerza la fusión de las comunidades y de las familias que deben solidarizarse con sus muertos, pero también refuerza el fuero eclesiástico sobre las almas en detrimento del de Dios. Resultan dueños de aquí y del más allá. Asimismo, además de ayudar a mejorar el control espiritual sobre los vivos, ayudó al enriquecimiento de la Institución convencida de que puede atar y desatar tanto en la tierra como en el purgatorio con la venta de las indulgencias. La Iglesia salva a los que están en el Purgatorio con misas, ofrendas, salmodios, vigiliyas y limosnas, pero, con la Reforma (1520) todo se le revierte:

Lo que se saca en limpio es que la Iglesia, en el sentido eclesiástico y clerical, extraerá un poder del nuevo sistema del más allá. Es ella la

que administra o controla oraciones, limosnas, misas y ofrendas de todo tipo llevadas a cabo por vivos a favor de sus muertos, y no dejará de beneficiarse de ello. Gracias al Purgatorio, la Iglesia desarrolla el sistema de las indulgencias, fuente de grandes beneficios de poder y de dinero, antes de convertirse en una arma peligrosa que habrá de volverse contra ella (Le Goff, 1981:287).

El Purgatorio, como dispositivo de control, también va a enfrentar discrepancias o herejías que serán perseguidas a sangre y fuego como siempre acostumbró y acostumbra la Iglesia cuando ha tenido el poder suficiente: “A partir de 1210, se afirma el control por obra de la Iglesia y la monarquía. Se encienden las hogueras en que van a arder los libros y los hombres”. Prosiguiendo con el perfeccionamiento del dispositivo, la confesión auricular, de boca a oreja, de pecador a sacerdote se convierte en práctica común, al grado de, finalmente, hacerla obligatoria, como mínimo una vez al año: se establece en 1215 en el Cuarto Concilio de Letrán, canon 21, *Omnis utriusque sexus*. Posteriormente, pero durante el mismo siglo XIII, la Inquisición se encargará de infernalizar el Purgatorio quitándole toda esperanza: “*Atemorizar* es, si no la primera, al menos una preocupación esencial”. El delirio obsesivo es tal, que el inquisidor Esteban de Bourbon en su *Tratado de predicación (Tractatus de diversis materiis praedicabilibus)* escrito entre 1250 y 1261, afirma que uno de los dones del Espíritu Santo es, ni más ni menos, *el don de temor (De dono timoris)*. Simplemente el primer libro tiene diez títulos: “1) las siete especies de temor; 2) efectos del temor del señor; 3) qué hay que temer a Dios; 4) el infierno; 5) hay que temer el purgatorio futuro; 6) sobre el temor del juicio Final; 7) acerca del temor de la muerte; 8) sobre el temor del pecado; 9) que hay que temer el peligro presente; 10) sobre los enemigos del género humano (los demonios)” (Le Goff, 1981; 194, 248, 357). La consagración del temor como “forma de vida ideal” también se obtiene, por lo visto, repitiéndolo e inculcándolo sin cesar.

Lo que la institución enseña bien nunca se olvida

El modelo escolástico-persecutorio, como veremos, fue adoptado por las posteriores élites rectoras de Europa. Y, contra toda esperanza,

ninguna persecución, ni ningún terror han servido para obtener una mejor calidad de vida. Además, la realidad siempre se encarga de desmentir la hipocresía, y si no, es el “Diablo” quien interviene. Ciertamente, las instituciones por lo general cuidan que en ellas no existan sujetos que den buen ejemplo porque ponen en entredicho a la mayoría. No obstante, por simulación, el “fino olfato” de los “perros guardianes” les indica que, con excepción de los pastores, todos somos pecadores y, entonces, merecemos lo peor. En el último de los casos es preferible callar cínicamente el crimen o abuso de una autoridad a que millones pierdan la fe. Kafka decía irónicamente: el que manda es siempre un ciudadano “por encima de toda sospecha”.

Para algunos, la religión nos ayuda a superar las conmociones emocionales, la angustia, el horror, el absurdo (Marina, 2007:69), pero, ¿quién nos ayuda ante la religión de la angustia, del horror, del absurdo y de la culpa? Para Legendre, propagar la sumisión mediante el deseo de sumisión y amar a quien la propaga, garantiza una ciencia perpetua del poder (Legendre, 1979:5). Como las cosas parecen ser así, encontramos que Gregorio Magno tiene razón: el poder está hecho para durar. Entonces vemos que el derecho que crea violencia y terror aparece como simulacro de la libertad. En Occidente, las formas dogmáticas nos hacen amar la sumisión, máxime cuando la ley recibe del orden fálico su legitimidad porque realmente dicho orden es el que está atrás de la Iglesia católica y nuestras sociedades modernas: “las sociedades que han hecho al Occidente han desplegado —es necesario recordarlo— una técnica de la sumisión de la que tenemos una idea débil en el siglo XX, a causa de la laicización de la función de la censura y los nuevos hábitos de pensamiento tomados al contacto de las ciencias llamadas humanas y sociales” (Legendre, 1979:23).

La ley dice: todos somos hijos del pecado; éste es el deseo, luego, la ley aprisiona, reprime, libera, aplasta, y castra tanto al deseo como al falo donde aquél se expresa, diciendo que es por nuestro bien y por nuestra felicidad. Nuestro deseo es capturado o manipulado en nombre de Cristo, por el sacerdote, por el rey, por los politicastos, en una palabra, por el poder intocable. Ciertamente, a partir del siglo XII renace el derecho romano y se consolida el poder moderno en la figura de la teocracia pontifical, *es por eso que la explicación y el conocimiento de*

nuestro orden actual hay que buscarlo en el centro de la escolástica medieval. Es decir, “la escolástica, su teatralidad, sus figuraciones y su ritual enmascarado bajo una lógica están en el centro de las culturas” (Legendre, 1979:61). Insistamos, el delirio propone obsesivamente que el problema mayor es el falo a causa del pecado de los primeros padres (*post peccatum lex peccati in genitalia descendit*), por eso debe buscarse la abstinencia absoluta. El falo establece el primer sentido de la ley: se engendra con cierta parte del cuerpo y a través del semen se trasmite el pecado original. Expresado de manera más clara: “Si, a pesar de lo imposible, un hombre fuera engendrado no del semen sino otra parte del cuerpo, un dedo, por ejemplo, ese hombre no contraería el pecado de los primeros padres. Igualmente si Eva hubiese cometido sola la falta en los tiempos paradisíacos, los descendientes no habrían contraído el pecado original, al no haber sido corrompido el semen viril” (Legendre, 1979:140). Es por eso que la tonsura significa tanto la corona mística como *la castración ficticia* (Graciano, Causa 12, cuestión 1, canon 7). El soberano pontífice, el padre mayor se *finge castrado* y, por consiguiente, limpio, puro, supuestamente no puede abusar de nadie. De esta forma al monopolio de la palabra y la verdad hay que agregar el de la pureza. Además, como sucesor o representante del Hijo sacrificado por el Dios implacable, él también es una víctima y siervo. El clero en general, también se constituye en una especie de “sociedad de celibatarios al margen de la mácula sexual” y en contacto directo con la divinidad. Así, el sacerdote castrado no debe ni puede abusar sexualmente de nadie (en esta represión aberrante y ficticia se encuentra el origen de los sacerdotes solicitantes: acosadores sexuales y pedófilos que ayer y hoy la institución cobija bajo su manto. En los archivos de la Inquisición, que eran secretos, existen abundantes casos bien documentados). Además, esta ilusión el poder la ha convertido en verdad demostrada (mito terrorista) y en los Estados modernos, los que mandan adoptan el mismo modelo de sacralidad y santidad entregando su corazón, cuerpo y alma, al beneficio de la abstracción escolástica que se nombra Patria o Nación o Bien, de cuyas necesidades y caminos para remediarlas sólo ellos saben. Por dogma, el mal no tiene cabida en ninguna institución y, por lo mismo, ella, cualquiera, nunca es culpable, y más bien los culpables son los otros, y sobre todo

los que no obedecen y no se someten ni al control de su deseo o por lo menos, al desvío de él, mediante el sistema más adecuado para reconocer su culpabilidad, esto es la confesión y el perdón pues, supuestamente, sólo puede perdonar el que sabe verdaderamente, el elegido, y que por ello es sagrado.

De acuerdo con la lógica anterior, para los amantes del poder y de la inculcación del miedo y la culpa, sus miedos serían menores y el mundo mejor, si aceptasen el delirio de dominio inherente en el ordenamiento siguiente:

La Religión es sin duda la primera y principal, se podría incluso añadir la única (materia), si fuésemos lo bastante prudentes como para cumplir perfectamente todos los deberes que nos prescribe. Entonces, sin otros cuidados, no habría ya corrupción en las costumbres; la templanza alejaría las enfermedades; la asiduidad al trabajo, la frugalidad y una prudente precaución procurarían siempre las cosas necesarias para la vida; la caridad desterraría los vicios, la tranquilidad pública estaría asegurada; la humildad y la simplicidad suprimirían todo lo que hay de vano y de peligro en las ciencias humanas; la buena fe reinaría en el comercio y en las artes, la paciencia y la dulzura de los amos volverían agradable la servidumbre, y la fidelidad de los criados daría seguridad y felicidad a las familias; finalmente los pobres serían socorridos voluntariamente y la mendicidad desterrada (Legendre, 1979:301-302).

*Las necesidades de la institución
y sus deseos de resurrección (conclusión)*

Las “reflexiones” antes citadas corresponden al inicio del siglo XVIII (*Tratado de la Policía*, Delamare, 1705-1710), pero hoy nuevamente son deseadas y asumidas por los salvadores (religiosos y laicos) de nuestros tiempos, cuya escolástica-política y terrorista busca regresar a instaurarse en nuestra época, y sobre todo en América Latina, donde, según el Príncipe actual, la Iglesia nunca utilizó la violencia ni la opresión contra las religiones prehispánicas, ni contra ninguna otra. En efecto, Joseph Ratzinger, “filosóficamente demostró”, antes de ser Papa, en

una conferencia sustentada en la Universidad de la Sorbona de París, el 27 de noviembre de 1999, que el racionalismo greco-romano sirvió e inspiró a la religión cristiana, por lo que ésta constituye una victoria del conocimiento y la verdad y, por lo mismo, es universal, así que cuando ha sido llevada por el mundo, lo hizo y lo hace “no como una religión particular que reprimía a las otras, no como una especie de imperialismo religioso, sino más bien como la verdad que hacía superflua la apariencia” (anónimo, 2007:79).

Karol Wojtyła aprovechó muy bien prácticamente sus 28 años de pontificado: produjo 14 encíclicas, fabricó 446 santos y santas y 1227 beatos y beatas, realizó 104 viajes apostólicos y buscó convencer al mundo de la necesidad de volver a creer en Dios ante el “milagro” de la caída de la URSS, la crisis de la Ilustración y el neoliberalismo salvaje. En su monumental tarea siempre tuvo a su lado al llamado Gran Inquisidor, Joseph Ratzinger, el actual Benedicto XVI y que para ser Papa tuvo que renunciar a 12 cargos, entre ellos el de *prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, nombre actual del antiguo *Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición*, nombramiento que obtuvo en 1981. La colaboración entre los dos personajes fue tan estrecha que llevó a que en un momento no se supiera a quien pertenecía a tal o cual postura. Como inquisidor fue implacable; una máquina de excomulgar, silenciar, amonestar, corregir y se encargó de canonizar a José María Escrivá de Balaguer, fundador del retrógrado *Opus Dei*. Cuando fue nombrado Papa, el brasileño teólogo de la liberación, Leonardo Boff, condenado en 1984 a “un año de respetuoso silencio” por el entonces inquisidor, señaló: “Ratzinger tiene una enorme limitación: carece de dudas; y los que no dudan no están abiertos al diálogo, ni son capaces de aprender de los otros” (2007:74). En efecto, su Santidad cree en el dogma de la infalibilidad papal establecido en 1870 por Pío IX y es enemigo declarado del marxismo, del liberalismo, del materialismo, del relativismo porque a su juicio, todos son frutos enfermos de la Ilustración; así como de la teología de la liberación (que recomienda luchar al lado de los pobres), del feminismo, de la homosexualidad, del divorcio, de la masturbación, de la eutanasia, del aborto, de los anticonceptivos, de las relaciones premaritales. Sin embargo, es tolerante con los curas homosexuales y pedófilos. Ante el escándalo suscitado por los sacerdotes que

han abusado sexualmente de niños el 18 de mayo de 2001, como prefecto de la Congregación, en una carta reservada, advirtió que estos problemas corresponden al “secreto pontificio”, que ningún obispo está obligado a contactar la justicia laica para denunciar a un sacerdote pedófilo (la Iglesia los protege) y, además, el delito “moral” (según los santos padres el daño no es psíquico-físico) de la pedofilia prescribe cuando la víctima cumple 28 años (2007:93) (Fazio, 2004:445-479). *No es gratuito que su Santidad haya dicho en una entrevista “que se sentiría más a gusto en la Edad Media”.*

Desde nuestro punto de vista, la mentalidad de la Iglesia católica, pese a sus siglos de existencia, permanece prácticamente inmutable y constituye un claro ejemplo de un fenómeno de larga duración sustentado en el miedo y el autoritarismo. A través del tiempo ella encarna fielmente el lema de Thomas Hobbes: *Autoritas, non veritas facen legem*, esto es, “la autoridad y no la verdad hace la ley”.

Bibliografía

- Anónimo (2007), *Contra Ratzinger*, Grijalbo, México.
- Bernabé Pajares, Alberto (1992), traducción, introducción y notas a *Vida de Apolonio de Tiana*, Filóstrato, Gredos, Madrid.
- Brown, Peter (1989), *El mundo en la Antigüedad tardía, De Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus, Madrid.
- (1997), *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Crítica, Barcelona.
- De Hipona, Agustín (2007), *La Ciudad de Dios*, Edición abreviada, estudio preliminar, selección de textos, notas y síntesis de Salvador Antuñano Alea, Tecnos, Madrid.
- Duby, George (1984), *El caballero, la mujer y el cura*, Taurus, Madrid.
- Fazio, Carlos (2004), *En el nombre del Padre. Depredadores sexuales en la Iglesia*, anexa la carta confidencial enviada el 18 de mayo de 2001, *De la Suprema y Santa Congregación del Santo Oficio. Para todos los patriarcas, arzobispos, obispos y otros diocesanos ordinarios inclusive del rito oriental*, Océano, México.

- Fernández Ardanaz, Santiago (1995), “Cuestiones sociales en el cristianismo del siglo IV”, en *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Cátedra, Madrid.
- Gibbon, Edward (2001), *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Barcelona.
- Glucksmann, André (1969), *El Discurso de la guerra*, Anagrama, Barcelona.
- Jerphagnon, Lucien (2007), *Historia de la Roma Antigua*, Edhasa, Barcelona.
- Kamen, Henry (1967), *Los caminos de la tolerancia*, Guadarrama, Madrid.
- Lacarrière, Jacques (1964), *Los hombres ebrios de Dios*, Ayma, Barcelona.
- Legendre, Pierre (1979), *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático*, Anagrama, Barcelona.
- Le Goff, Jacques (1981), *El nacimiento del Purgatorio*, Taurus, Madrid.
- (1969), *La civilización del Occidente Medieval*, Juventud, Barcelona.
- Marina, José Antonio (2006), *Anatomía del miedo*, Anagrama, Barcelona.
- Nisbet, Robert (1981), *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona.
- Pomian, Krzysztof (1990), *El orden del tiempo*, Júcar, Barcelona.